



23 de mayo de 1880<sup>1</sup>

## Vivir bajo la mirada de Dios

Mis queridas hijas:

El domingo pasado hablamos de la vida de fe. El objeto de nuestra fe es, ante todo, la santa y adorable Trinidad, cuya fiesta celebramos hoy, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, a quienes conocemos por medio de nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre a la vez, nuestra Cabeza, nuestro Redentor, que tantas veces nos dice en su Evangelio que todas sus palabras son palabras del Padre. Lo que dice, no lo dice por sí mismo<sup>2</sup>. Quien le escucha, escucha la palabra de Dios<sup>3</sup>. Esto es evidente, puesto que él mismo es Dios; pero es también la palabra de la Santísima Trinidad.

La gran devoción de los religiosos del pasado era vivir siempre atentos bajo la mirada de la Santísima Trinidad. El ojo de Dios siempre abierto a sus acciones, siempre atentos a esa mirada: ésa era la esencia de la mística del desierto. Es una gran y sencilla devoción estar siempre bajo la mirada de Dios, saber que Él juzga todas nuestras acciones. Nada es indiferente a esta mirada de la Santísima Trinidad. No hay pensamiento ni palabra que escape a ella. Todo es visto y juzgado por Dios. No hay lugar para el error o el engaño.

Cuando guardas en el fondo de tu alma algo que no es enteramente para Dios, que no es enteramente recto, enteramente humilde, enteramente sencillo, Dios lo ve. Bajo esta mirada, que penetraba hasta lo más íntimo, estas almas religiosas, purificándose constantemente, trataban de vivir rectamente, puramente, con una perfección cada vez mayor en la sencillez de su fe.

Pues bien, hermanas mías, también nosotras debemos aplicarnos a esto. Un hombre que algunas de vosotras conocía y que había sufrido el preludio del martirio (era Monsieur Charrier, creo, uno de los miembros de las Misiones Extranjeras que, arrestado con sus compañeros, había sido interrogado, había sido golpeado con ratanes<sup>4</sup> y había sido rescatado por la intervención francesa justo cuando estaba a punto de ser estrangulado), este hombre solía decirnos: *En China, sólo hay una devoción. No debéis perder la presencia de Dios. Quien pierde la presencia de Dios es un hombre perdido, porque el único apoyo que tenemos es pensar que todo lo hacemos por Dios, que todo lo sufrimos por Dios.*

Vivimos tiempos revueltos: nos amenazan planes malvados. ¿Se cumplirán? Sólo Dios lo sabe; pero en medio de todas estas incertidumbres, sacamos una gran fuerza de la costumbre de vivir

---

<sup>1</sup> Fiesta de la Santísima Trinidad

<sup>2</sup> Jn 14, 24

<sup>3</sup> Lc 10,16

<sup>4</sup> Ratán: tallo de la palmera rotang, también conocido como junco indio, utilizado para fabricar bastones, muebles y otros objetos

siempre en la presencia de Dios. Como sabéis, dice el Salmo: *¿Por qué se amotinan las naciones y los pueblos planean un fracaso?*<sup>5</sup> Pero hay uno más poderoso que ellos, y los quebrantará, como el alfarero quiebra la vasija de barro que tiene en la mano. ¿Qué son los planes de los hombres comparados con la voluntad de Dios?

Si la voluntad de Dios es que la Iglesia sea probada, es para que quienes lo merezcan reciban la corona y mayores gracias por soportar la prueba. La atención a Dios, el hábito de vivir bajo su mirada, es una fuerza omnipotente para superar las pruebas y obtener ayuda.

De ahí nace una actitud soberana frente a todas las amenazas de este mundo. Hay dos cosas en particular que quiero recomendarte. La primera es proponerse más firmemente que nunca no consentir ninguna disposición que sea pecado venial. Como veis, la pureza es la primera fuerza para oponerse a las amenazas del mundo. Es ser puro a los ojos de Dios, evitar toda disposición imperfecta, hacer que el alma sea tan leal, tan pura, tan fiel, tan dispuesta a no aceptar nada que sea pecado venial, que Dios esté con nosotros y que nosotros seamos sus hijos.

Lo segundo es la confianza ilimitada en Dios. Por esta disposición, Dios Todopoderoso está con nosotros y para nosotros. Nos convertimos especialmente en sus hijos; Él se convierte completamente en nuestro Padre, y las palabras del Evangelio: *Ni un cabello de vuestra cabeza caerá sin permiso de vuestro Padre celestial*<sup>6</sup> se hacen completamente verdad para nosotros. No cabe duda de que esto vale para todos, pero Dios tiene una paternidad tierna con los que son especialmente suyos, que no tiene con todos los demás hombres. El mismo cuidado que tuvo con la Santísima Virgen, con los apóstoles y con todos los santos, lo tendrá con nosotras si, por una fidelidad generosa y una confianza sin límites, nos abandonamos enteramente a Él.

Se dirán muchas cosas fuera, os hablarán de amenazas y de planes malvados que pueden causar alarma. No dejéis que eso os detenga. Que la fiesta de la Santísima Trinidad os ayude a adoptar estas dos actitudes: odiar el mal, alejaros de la menor ofensa a Dios, mantener vuestra alma muy pura y vuestra vida religiosa muy ferviente. Caeremos, porque somos frágiles. Al menos levantémonos enseguida, y no guardemos en el fondo de nuestra alma nada que Dios no pueda mirar con agrado. Entreguémonos a Él con una confianza sin límites, con un abandono perfecto, en una entrega total de nosotras mismas en sus manos, diciendo: «Puesto que soy su hija, Él es mi Padre». ¿Qué mayor apoyo podemos tener que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo?

Cuando, en los designios de la Santísima Trinidad, todo está resuelto para una pobre criaturita, ¡qué locura para esa criaturita tener todavía solicitud y preocupación por sí misma, no abandonarse de todo corazón a este designio tan santo y tan paternal! Debemos desear poseer un día a la Santísima Trinidad. La Santísima Trinidad sabe lo que necesitamos para alcanzar la Visión Beatísima, y nosotras no. La Santísima Trinidad sabe lo que podemos llevar, y nosotras no lo sabemos. La Santísima Trinidad sabe la medida de gracia que necesitamos para soportar lo que nos envía, y nosotras no la sabemos. Por eso, si nos abandonamos enteramente a ella, sólo nos quedará una preocupación: ser santas, ser todo lo santas que podamos, ser todo lo fieles que podamos.

Esto lo conseguiremos sobre todo con estas dos disposiciones que os he indicado, y que harán que Dios, mirando en el fondo de nuestra alma, no vea nada que no pueda agradarle.

nm

NM

---

<sup>5</sup> *Quare fremuerunt gentes...* Sal 2, 1.

<sup>6</sup> Mt 10, 29-30

